

Lois Valsa

Hacia un mundo sin hielo: efectos del cambio climático

En torno a: Javier Reverte, *Confines. Navegando aguas árticas y antárticas*, Plaza y Janés, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona, 2018.

En un reciente artículo de Miguel Ángel Criado ("El desastre de un mundo sin hielo", *El País, Ideas*, 26/08/2018, se ha escrito muy claro sobre el problema del cambio climático que nos ha mostrado Javier Reverte en su libro

Para mí, el hecho de viajar es lo que importa, y el cómo se lleve a cabo el viaje no me parece lo sustancial. La cuestión es moverse, irse, largarse del propio terruño con los sentidos abiertos, expuesto a dejarse cautivar por todo cuanto hay de novedoso en los caminos del mundo... Sólo así aprendemos a mirarnos en los espejos del mundo

Javier Reverte

La capa de hielo marino del Ártico continúa en una tendencia decreciente, algo que está relacionado con el proceso de calentamiento del Ártico. El calentamiento significa que se formará menos hielo y se derretirá más, pero también, al haber menos, se refleja menos radiación solar incidente y esto contribuye al calentamiento.

Nota de la investigadora climática de la NASA, **Claire Parkinson**

Javier Reverte (Madrid, 1944) es uno de nuestros escritores de viajes más conocido ya que ha pisado los cinco continentes, ha navegado el Índico, el Pacífico y cruzado el Atlántico entre Europa y América en dos ocasiones. Un gran referente, pues, de la literatura de viajes en España, que había estudiado filosofía y periodismo y que, además de libros de viajes, ha publicado novelas, poemarios e incluso una biografía. Pero sobre todo un viajero impenitente. "España es un país muy atosigante y a veces empalagoso, aunque en pequeñas dosis es muy amable", aclara. Al tiempo, "con tanto viaje me he acostumbrado a la vida itinerante", comenzó señalando el escritor en la rueda de prensa de la presentación del libro. Reverte ha vivido en Londres, París, Lisboa, Nueva York, Roma y Westport (Irlanda). Para él, "el planeta se hace mucho más grande conforme vas conociéndolo mejor, y siempre hay nuevos paisajes que se abren al sueño y a la vocación de conocer". Pero también nos señaló la dificultad de explicar lo escrito.

En dicha presentación también nos habló sobre los efectos del cambio climático que ha podido contemplar nada menos que en directo. En relación con este tema se mostró muy crítico: "Nos estamos envenenando y estamos viviendo el fin de la Tierra si esto no se para". "El deshielo de debajo de la superficie terrestre es el principal problema del efecto invernadero al que se enfrenta la Tierra en los próximos años... Muchas explosiones se producen a causa de este efecto", destacó. Por ello, se quejó de la falta de apoyo del gobierno a la investigación, en este caso a la investigación del cambio climático. Existe una contradicción entre lo que hacen los científicos (tres misiones en la Antártida y una de ellas estudia el cambio climático) y el poco caso que se les hace.

Con su último libro, *Confines*, vuelve al frío al que se enfrenta de nuevo con un gran sentido del humor y con una escritura llena de ternura y de un gran poder comunicador. En esta ocasión, ha escogido como destino los extremos boreal y austral del globo: dos navegaciones, realizadas con pocos meses de diferencia, por los mares árticos y antárticos. En ambos viajes a estos dos universos se ha acercado a los polos sin llegar a pisarlos. Cree que el Polo Sur es más reconocido y más literario que el Norte, que alcanza una épica que no se ha contado, por desgracia. Para navegar por el Ártico aceptó la invitación de su amigo el científico español Carlos Duarte para unirse a una expedición científica, financiada en parte por la Unión Europea, hispano-noruega, que, durante algo más de una semana, recorrería las regiones del norte analizando la contaminación del océano. "El Proyecto, llamado Arctic Tipping Points (algo así como Puntos basura del Ártico), trataba de estudiar las oportunidades y los riesgos de las actividades económicas en el ecosistema del Ártico europeo), o dicho de otro modo: hasta qué punto fenómenos como el aumento de la navegación en aguas árticas, el turismo y la explotación de recursos, incluido el petróleo de los fondos marinos,

podían afectar al sistema boreal. Porque el Ártico, hasta hace poco un universo virginal, está seriamente amenazado por la acción del hombre y corre peligro de muerte, algo de lo que ya hablé en un libro mío anterior, en *Mares salvajes*. Y si muere el Ártico, la especie humana corre peligro cierto de muerte" (nota 1, p. 20). Esta larga nota, por eso la he escrito entera, no tiene desperdicio. Nos enfrenta directamente al problema climático. Además, Carlos Duarte, al que dedica el libro, es uno de los especialistas más importantes del mundo en el impacto del cambio global sobre los ecosistemas marinos.

Esa primera parte del libro, "Una primavera polar", transcurre, pues, a bordo de un barco de investigación, el *Jan Mayen*, en el cual viajaban científicos, algunos periodistas invitados y un nutrido grupo de jóvenes becarios españoles del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Antes, Reverte había aterrizado en el aeropuerto de la capital del archipiélago de las islas árticas de Svalbard, Spitsbergen, una ciudad construida para sobrevivir en condiciones climatológicas extremas, un desafío al clima más horroroso del planeta. De los tres mil habitantes que pueblan el archipiélago con un territorio similar al de Irlanda, más de dos tercios viven en la capital. Y en las Svalbard están prohibidos los enterramientos desde hace setenta años. Uno de los lugares más apesadumbrados de la Tierra para Reverte. En su libro anterior ya había hablado de las exploraciones en busca de los pasos del Noroeste y del Noreste entre Asia y Europa y entre los siglos XV y XX. No le importa contarlos de nuevo ya que disfruta con estas épicas exploratorias y al tiempo hace disfrutar al lector. A lo largo de su relato, no sólo nos habla de las peripecias de la navegación que sufre el barco y sus tripulantes en su visita a las distintas islas del archipiélago, y de las anécdotas con la cocinera, sino también de las exploraciones en busca del extremo septentrional del planeta, y la competición por alcanzarlo que llevó a muchos exploradores a

la muerte. La carrera por llegar al Polo Norte se había iniciado a comienzos del siglo XVII (desde la página 90 hasta la 121). Sin dejar nunca de combinar la experiencia directa con las historias que permitan entender el contexto. Como cuando nos habla de la ciudad ideal de Stalin, Pyramiden, la ciudad ideal socialista que parece construida para durar eternamente pero "las reservas de las minas se agotan y los sistemas políticos construido en nombre de un mundo feliz llegan a su fin" (página 47). Sin embargo, en su ruta hacia el mar de Groenlandia (78° de latitud norte), en el que se detienen para hacer una nueva "estación", una recogida de muestras, pronto nos vuelve a hablar de los efectos del cambio climático, del calentamiento global y de las amenazas que penden, por causa de todo ello, sobre la humanidad. Tanto que el libro se convierte en un pequeño alegato contra las mentiras sobre el cambio climático: "Al contrario que la Antártida, que es un continente, el Polo norte es un mar que se tiende con una gran capa congelada en su superficie, sin tierra debajo. Pero en los últimos cinco años, el retroceso del hielo en los territorios árticos ha sido tan acelerado que, en ese mayo de 2011, cuando viajé a las Svalbard, la placa de agua congelada permanente se había retirado más arriba de los 80° de latitud norte, esto es, menos de mil kilómetros antes de alcanzar el Polo, situado a los 90°. Y lo que es peor: los científicos afirman que el grosor de la capa de hielo se sigue adelgazando a velocidades incontroladas" (página 64). Hasta alcanzar el puerto de Ny-Alesund, "un sitio deprimente, donde pasar un invierno debe de ser una suerte de tortura". Se pueden consultar las rutas seguidas en los pequeños mapas del comienzo del libro. Para seguir hacia el norte hasta sobrepasar los 80° que anuncia el panel de navegación: Ya no había satélites para guiarnos; solo las viejas cartas marinas y el radar. "Me resultó extraño sentirme, de pronto, en un mundo sin cobertura". Pero el autor no se inquieta mucho y nos cuenta la historia de las Svalbard y sus

ballenas y como su caza se convirtió en una terrible carrera competitiva hasta acabar con los cetáceos ya a principios del siglo XVIII. Luego llegaron los rusos a cazar renos con escopetas y casi exterminar las morsas, los osos y los zorros. Los noruegos remataron a los renos. Concluye Reverte: "Sólo los pájaros se libraron de aquella carnicería que duró tres siglos". Estos mares boreales rezuman muerte.

Al final de su primer viaje, el que ocupa la primera parte del libro, con un sentido muy pedagógico, nos cuenta su aprendizaje con Carlos Duarte: "Aprendimos, en primer lugar, que el cambio global es el término con el que se define el impacto de la actividad humana sobre el funcionamiento de la biosfera, esto es, sobre el conjunto de los seres vivos del planeta Tierra y el medio físico que los rodea. El cambio climático se incluye en el cambio global e indica el efecto de la acción del hombre sobre el clima" (p.123). En esa acción humana se encuentra, por ejemplo, la producción de compuestos clorofluorocarbonados (CFC), causantes del agujero de ozono y del efecto invernadero, fenómenos que retiene la energía planetaria y evita que regrese al espacio. Otros gases producidos por el hombre, como el dióxido de carbono o el gas metano, también contribuyen al efecto invernadero. Dos son las características diferenciales del cambio global sobre otros cambios en la historia de nuestro hábitat: que se producen con extrema rapidez y que el hombre es el motor de este cambio. En consecuencia, la responsabilidad principal de todo ello hay que atribuirlo al crecimiento de la población humana y al cambio tecnológico. Los científicos intentan saber cuál es el techo tolerable de la población del planeta: se piensa que está situado en torno a los 9500 millones. Hoy estamos cerca de los 7000 millones de habitantes. Los científicos calculan que, para el año 2050, se habrá alcanzado el máximo de población que, con los recursos que cuenta el planeta en agricultura y agua, puede resistir la Tierra. Y la fundición del hierro corre a una velo-

ciudad imparable tanto que pronto el Ártico será presa comercial. Como remate, Carlos Duarte le enseñó un submarino nuclear ruso para concluir: "El Polo se muere. Y si los polos mueren, será el comienzo de la agonía de la Tierra. Estamos tocando la lira mientras arde Roma" (p.136).

En la segunda parte del libro, "Octubre en el Cabo de Hornos", recorre los canales, islas, estrechos, penínsulas, cordilleras y mares de Tierra del Fuego, hasta llegar a la isla del Cabo de Hornos. "Desde niño, yo tenía el deseo de ir al cabo de Hornos para ganar el derecho a taladrarme el lóbulo de la oreja derecha y atravesarlo con el consabido aro de metal que, según una vieja tradición marinera, acredita la hazaña" (p.152). Como no tenía dinero, y sí mucho tiempo, aprovechó el ofrecimiento del director de la revista *Siete leguas*, Fernando Baeta, de hacer un reportaje embarcándose en un crucero para navegar los mares australes. Primero voló de Madrid a Santiago de Chile y desde allí a Tierra del Fuego para iniciar desde Punta Arenas la navegación. En compañía de J. N., "un excelente fotógrafo algo chiflado". Esto fue en 2010, primavera en el hemisferio sur, y en un barco chileno con cuarenta pasajeros a bordo e igual número de tripulantes.

Al comienzo, ya señala que Magallanes es una región áspera, fría y dura, "que sugiere haber sido creada para que el hombre, en vez de crear vida, la sufra". Reverte aclara que todos esos lugares llevan, se los fueron poniendo los viejos navegantes, nombres tristes, épicos y trágicos. Y esta tierra lleva el nombre del gran navegante portugués Fernando de Magallanes del que escribió una biografía Stefan Zweig, que habla no sólo de su estímulo moral sino también del material, la búsqueda de las especias de Oriente. Pero su viaje marítimo, que dio la vuelta a la Tierra en barco, fue uno de los más importantes de la historia y, para algunos estudiosos, incluso más importante que el primer viaje de Colón. Reverte, siguiendo a Zweig, nos cuenta (pp. 160 a 177) su aventura al servicio del monarca español

Carlos I, con la ayuda de su amigo el cartógrafo Rui Faleiro, y con un buen cronista como Antonio Pigafetta. La pena fue que la gloria fue para Juan Sebastián Elcano, que no la disfrutó mucho al morir pronto.

El siglo XIX fue un siglo de grandes descubrimientos geográficos y, en su mayoría, se los debemos a los ingleses" (p.203). Al ser derrotado Napoleón, Gran Bretaña carecía de enemigos. Sus barcos de guerra se transformaron en navíos científicos y sus marinos en exploradores como Robert Fitz-Roy, un fanático de la Biblia, que se encontró en sus múltiples viajes a los indígenas y llevó a algunos a Inglaterra. Y además, en uno de ellos, en diciembre de 1831, aceptó en el *Beagle* al joven Charles Darwin que tomaba muestras de flora y fauna para llevarse a Inglaterra, quien descubrió un yacimiento de huesos del Pleistoceno. "Darwin comenzó entonces a darse cuenta de que aquellos animales, cuyos restos salían a la luz después de millones de años bajo tierra, eran muy parecidos a animales vivientes de su mundo, aunque pertenecieran a una especie distinta". Su teoría de la evolución de las especies comenzaba a alumbrarse, señala Reverte. Fitz-Roy entusiasmado por el descubrimiento la llevó, sin embargo a su terreno bíblico del Diluvio Universal. Sin embargo, "Darwin se aferró a la tesis de que el tal Diluvio no fue otra cosa que una súbita elevación de las tierras del planeta sobre las aguas de los mares, lo que trastocó todo el orden biológico de su tiempo", remata Reverte. El barco concluyó sus investigaciones en Tierra del Fuego en 1834. Luego visitó las islas Galápagos y otros lugares como Tahití y arribó a Inglaterra en 1836. Cinco años de viaje menos dos meses. Al final, Reverte señala el desdén de Darwin por los fueguinos. Reverte complementó su información sobre las expediciones antárticas y, en particular, sobre el *Beagle*, Fitz y Darwin, con las charlas que les ofrecía Gerardo Bartolomé, un escritor argentino autor de varios buenos libros sobre la Patagonia, en el ancho salón del barco. Les contó, además, las relaciones, no

siempre fáciles, entre Fitz-Roy y Darwin en el viaje, unos hombres que, por otra parte, se admiraban.

Javier Reverte no llegó a la Antártida sino que se quedó en el Cabo de Hornos. Pocos saben, aclara, que el descubridor de la Antártida fue el navegante español Gabriel de Castilla pero una de las dos bases científicas españolas de ese continente lleva su nombre como reconocimiento y está ubicada en la isla Decepción. Y navegó por el canal del Beagle hasta Ushuaia, la capital argentina de la Tierra del Fuego, la ciudad del fin del mundo, hasta llegar a la isla del cabo de Hornos, un roquedal bronceo tachonado de verde "como la expresión de la que será la Tierra una vez extinguida la especie de los hombres" (p.238). La isla, que forma parte del archipiélago Wollaston, pertenece a Chile y está considerada como el punto más austral del planeta antes de llegar al continente antártico. Se la tiene como el lugar de encuentro o, más bien de choque de los dos más grandes océanos del planeta, el Atlántico y el Pacífico y es la geografía marina más peligrosa para la navegación. "Un infierno de olas y vientos", la llamó Francis Drake. Hasta la apertura del canal de Panamá, en 1914, fue la única ruta empleada por todos los barcos que viajaban entre Europa y la costa occidental de América. Desde ahí regresaron hacia el norte por el lado occidental del archipiélago. En su regreso nos cuenta el exterminio de aquellos pueblos fueguinos: primero el de los onas o selk'nam, que eran alrededor de tres mil quinientas o cuatro mil personas al comienzo del proceso colonizador, hacia 1850, según el antropólogo Martín Gusinde. En 1908 en Ushuaia ya no había nativos. En 1913, fueron censados en toda la Tierra del Fuego trescientos onas, cien yámanas y cinco haush. Un siglo y medio bastó para extinguir a todos los habitantes originarios de la Tierra del Fuego. Los llamados "civilizados" se arrojaron sobre estas tierras como vampiros y ocurrieron grandes matanzas de aborígenes. Nos quedaron las

fotos de Gusinde que nos muestran también sus ceremonias (el *Hain*, por ejemplo).

Al final, Reverte le dedica un capítulo a Ushuaia por donde había pasado Bruce Chatwin, autor del famoso libro *En Patagonia* y al que no le gustó la capital. A Reverte no le gustó su libro y, por el contrario, le agradó Ushuaia, con un paisaje imponente, uno de los más hermosos de América del Sur, en su opinión. Este lugar, que empezó siendo un refugio para las expediciones de caza de las etnias indígenas, se convirtió luego en una misión protestante, después en una base militar y un presidio, y hoy es, sobre todo, un centro turístico y base de partida de las expediciones científicas que van a la Antártica. En el puerto de Ushuaia suele abastecerse el barco oceanográfico español Hespérides. Pero una de las cosas que más había llamado la atención del escritor desde que había empezado a leer sobre Tierra del Fuego era su famoso penal (se inauguró en 1902 y llegó a tener más de 600 reclusos, vigilados por 250 guardias) en el que estuvo recluido en su juventud, según la leyenda, el famoso tanguista Carlos Gardel durante una temporada. Fue clausurado en 1947 por orden del presidente Juan Domingo Perón, quien adujo causas humanitarias. Reverte no perdió la ocasión de visitarlo: "Paseé por el más antiguo de los pabellones, aún sin rehabilitar en esos días. Era una zona muy fría y olía a orines. Como todas las cárceles, esta del 'fin del mundo' resultaba tétrica. Pero tenía un punto kitsch que la hacía incluso ridícula" (p.279). Aprovecha también para hablarnos, además del reputado escritor Ricardo Rojas, autor del libro *Archipiélago* sobre la vida de los aborígenes, encerrado por motivos políticos y más que preso exiliado, de algunos de sus renombrados inquilinos. Tres reclusos que han quedado en la historia del presidio de Ushuaia; Mateo Banks, asesino en serie; Simón Radowitzky, anarquista ucraniano, y el "Petiso Orejudo", especializado en matar niños. Para rematar su aventura nos cuenta las espeluznantes historias de los tres.